

Primera parte  
Un negocio funesto



Lo que buscas, nunca lo hallarás.  
Porque, cuando los dioses hicieron al hombre,  
guardaron para sí la inmortalidad.  
Llena la panza.  
Retoza de sol a sol.  
Llena tus días de alegría.  
Quiere al niño que coge tu mano.  
Haz gozar a tu esposa entre tus brazos.  
Porque solo esas cosas incumben al hombre.

*Epopeya de Gilgamesh*

## 1

Como no podía pararme por la muerte,  
ella tuvo la amabilidad de pararse por mí

Charlie Asher caminaba por la tierra como camina una hormiga sobre la superficie del agua, como si, al más leve tropiezo, pudiera caer en picado y verse engullido por los abismos. Dotado de la imaginación de un macho beta, pasaba gran parte de su tiempo escudriñando el porvenir por si lograba atisbar las formas en que el mundo conspiraba para matarlo. A él, a su esposa, Rachel, y ahora también a Sophie, su hija recién nacida. Pero, pese a su concentración, pese a su paranoia y sus incesantes desvelos, desde el momento en que Rachel hizo pis y en la prueba de embarazo salió una rayita azul, hasta el momento en que la llevaron a la sala de reanimación del St. Francis Memorial, la Muerte logró colarse en su vida de rondón.

—No respira —dijo Charlie.

—Respira perfectamente —respondió Rachel mientras daba palmaditas en la espalda del bebé—. ¿Quieres cogerla?

Charlie había cogido en brazos a la pequeña Sophie unos segundos ese día y enseguida se la había pasado a la enfermera, alegando que alguien más ducho que él debía hacer el recuento de los dedos de sus manos y sus pies. Él ya lo había hecho dos veces y siempre contaba veintiuno.

—Se comportan como si eso fuera todo. Como si, porque la cría tenga los diez dedos de los pies y los diez de las manos, todo fuera a salir bien. ¿Y si hay alguno de más? ¿Eh? ¿Y si hay dedos de regalo? ¿Y si el bebé tiene cola? (Charlie estaba seguro de haber visto una cola en la ecografía del sexto mes. ¡El cordón umbilical! ¡Sí, ya! Había guardado una copia en papel).

—No tiene cola, señor Asher —explicó la enfermera—. Y son diez y diez, todos los hemos contado. Quizá debería irse a casa y descansar un poco.

—Seguiré queriéndola aunque tenga un dedo de más en la mano.

—La niña es perfectamente normal.

—O en el pie.

—Sabemos lo que hacemos, de verdad, señor Asher. Es una niña preciosa y sana.

—O cola.

La enfermera exhaló un suspiro. Era baja y ancha, y llevaba en la pantorrilla derecha una serpiente tatuada que se le veía a través de las medias blancas de enfermera. Se pasaba cuatro horas al día dando masajes a bebés prematuros, con las manos metidas por los agujeros de una incubadora como si estuviera manipulando una sustancia radioactiva. Les hablaba, les animaba, les decía lo especiales que eran y sentía aletear el corazón en sus pechos, no más grandes que un par de calcetines de deporte enrollados. Lloraba por cada uno de ellos y creía que sus lágrimas y sus caricias insuflaban una pizca de su propia vida en aquellos cuerpos minúsculos, lo cual le parecía de perlas. Podía permitírselo. Llevaba veinte años trabajando con neonatos y nunca le había levantado la voz a un padre primerizo.

—¡No hay cola que valga, merluzo! ¡Mire! —Apartó la manta y le apuntó con el trasero de Sophie como si esta pudiera descargar una andanada de caca armamentística como aquel cándido macho beta no había visto otra igual.

Charlie se apartó de un brinco (era un treintañero ágil y atlético) y, al darse cuenta de que el bebé no estaba cargado, se enderezó las solapas de la chaqueta de *tweed* con ademán de justa indignación.

—Podrían haberle quitado la cola en el paritorio y no nos enteraríamos. —Él no sabía qué había ocurrido. Le habían pedido que saliera del paritorio; primero, se lo pidió el obstetra y, después, Rachel («O él o yo», había dicho Rachel. «Uno de los dos tienes que irse»).

En la habitación de Rachel, Charlie dijo:

—Si le han quitado la cola, la quiero. La niña querrá tenerla cuando sea mayor.

—Sophie, tu padre no está loco, en serio. Es solo que hace un par de días que no duerme.

—Me está mirando —dijo Charlie—. Me está mirando como si me hubiera gastado el dinero de sus estudios apostando en las carreras y fuera a tener que buscarse la vida para sacarse el MBA.<sup>1</sup>

Rachel lo cogió de la mano.

—Cariño, no creo que pueda fijar la vista tan pronto y, además, es un poco joven para empezar a preocuparse por buscarse la vida para sacarse el MFA.

—MBA —puntualizó Charlie—. Ahora empiezan desde muy pequeños. Para cuando yo encontrara el camino al hipódromo, ella ya podría tener edad suficiente. Dios, tus padres van a odiarme.

—¿Y en qué cambiaría eso las cosas?

—En que tendrán nuevos motivos, en eso. Ahora he convertido a su nieta en una *shiksa*.<sup>2</sup>

—No es una *shiksa*, Charlie. Ya hemos pasado por esto. Es mi hija, así que es tan judía como yo.

Charlie hincó una rodilla junto a la cama y cogió entre los dedos una de las manitas de Sophie.

—Papá siente haberte convertido en una *shiksa*. —Bajó la cabeza y escondió la cara en el hueco que había entre el bebé y el costado de Rachel. Su mujer recorrió con la uña de un dedo la línea de sus entradas, describiendo una curva cerrada alrededor de su estrecha frente.

—Tienes que irte a casa y dormir un poco.

Charlie masculó algo contra las sábanas. Cuando levantó la vista tenía lágrimas en los ojos.

—Está calentita.

—Claro que está calentita. Tiene que estarlo. Es cosa de los mamíferos. Va con la lactancia. ¿Por qué lloras?

—Sois muy guapas. —Se puso a arreglar el pelo oscuro de Rachel sobre la almohada, colocó un largo mechón sobre la cabeza de Sophie y empezó a peinarlo como si fuera un peluquín para bebés.

—No pasa nada si no le crece el pelo. Había una cantante irlandesa que siempre estaba enfadada y no tenía pelo, y era muy atractiva. Si tuviera su cola, podríamos extraer unos folículos y transplantárselos.

—¡Charlie, vete a casa!

---

<sup>1</sup> *Master in Business Administration*, «máster en gestión de empresas». (N. de la T.).

<sup>2</sup> Del yiddish *shikse*: término despectivo para referirse a una mujer hebrea que no observa los preceptos de su religión. (N. de la T.).

—Tus padres me culparán a mí. Su nieta, *shiksa* y calva, buscándose la vida para sacarse un máster en administración de empresas. Y todo por mi culpa.

Rachel cogió el timbre que había sobre la manta y lo sostuvo en alto como si estuviera conectado a una bomba.

—Charlie, si no te vas a casa a dormir un poco ahora mismo, te juro que llamo a la enfermera y le digo que te eche.

Parecía hablar en serio, pero sonreía. A Charlie le gustaba ver su sonrisa, siempre le había gustado; era como si le diera su aprobación y al mismo tiempo le concediera permiso. Permiso para ser Charlie Asher.

—Vale, ya me voy. —Levantó la mano para tocarle la frente—. ¿Tienes fiebre? Pareces cansada.

—¡Acabo de dar a luz, ratón!

—Es que estoy preocupado por ti. —Él no era un ratón. Pero Rachel lo culpaba por lo de la cola de Sophie, por eso lo llamaba «ratón» y no «merluzo», como todos los demás.

—Cariño, vete. Ahora mismo. Para que pueda descansar un poco.

Charlie le ahuecó las almohadas, comprobó la jarra de agua, remitió las sábanas, la besó en la frente, besó al bebé en la cabeza, ahuecó al bebé y empezó luego a recolocar las flores que había enviado su madre, puso el gladiolo delante, lo resaltó con un ramillete de velo de novia y...

—¡Charlie!

—Ya me voy. ¡Jolín! —Inspeccionó la habitación una última vez y luego retrocedió hacia la puerta—. ¿Quieres que te traiga algo de casa?

—No necesito nada. Con el kit de emergencia que metiste en la maleta está todo cubierto, creo. De hecho, puede que ni siquiera necesite el extintor.

—Mejor tenerlo y no necesitarlo, que necesitarlo y...

—¡Largo de aquí! Voy a descansar un poco. Luego vendrá el médico a echar un vistazo a Sophie y por la mañana nos la llevaremos a casa.

—Me parece muy pronto.

—Es lo normal.

—¿Quieres que te traiga más propano para la cocina de *camping*?

—Intentaremos que nos dure.

—Pero...

Rachel levantó el timbre como si, si no se cumplían sus exigencias, las consecuencias pudieran ser fatales.

—Te quiero —dijo.

—Yo a ti también —respondió Charlie—. A las dos.

—Adiós, papá. —Rachel levantó la manita de Rachel para que saludara como si fuera una marioneta.

Charlie notó un nudo en la garganta. Nadie lo había llamado nunca «papá», ni siquiera una marioneta (una vez le había preguntado a Rachel mientras hacían el amor: «¿Quién es tu papaíto?», a lo que ella había respondido: «Saul Goldstein», dejándolo de ese modo impotente una semana entera y despertando en él toda clase de dudas en las que no quería pararse a pensar).

Salió de la habitación marcha atrás, cerró la puerta con la palma de la mano, echó a andar por el pasillo y pasó por delante del mostrador, donde la enfermera de la serpiente tatuada le dedicó una sonrisa de soslayo al pasar.

Charlie conducía una furgoneta de seis años que, junto con la tienda de oportunidades y artículos de segunda mano, y el edificio que la albergaba, había heredado de su padre. La furgoneta olía siempre a polvo, a bolas de naftalina y a aroma corporal, a pesar del bosque de ambientadores en forma de árbol de Navidad que Charlie había colgado de todos sus ganchos, salientes y protuberancias. Abrió la puerta del coche y el olor de lo desechado (la mercancía con que comerciaba el dueño de una tienda de géneros de segunda mano) lo inundó por completo.

Antes siquiera de que metiera la llave en el contacto, se fijó en el compacto de Sarah McLachlan que había en el asiento del acompañante. Rachel iba a echarlo de menos. Era su disco preferido y allí estaba ella, recuperándose sin él. Charlie no podía consentirlo. Agarró el compacto, cerró la furgoneta y volvió a subir a la habitación de Rachel.

Para alivio suyo, la enfermera se había retirado del mostrador, así que no tuvo que soportar su gélida mirada de reproche, o lo que imaginaba sería su gélida mirada de reproche. Había preparado mentalmente un corto discurso acerca de que ser un buen marido y padre significaba anticiparse a los deseos y necesidades de su esposa, y ello incluía llevarle su música preferida. En fin, podía usar el discurso a la salida, si la enfermera lo obsequiaba con su gélida mirada.

Abrió lentamente la puerta de la habitación para no sobresaltar a Rachel y al hacerlo imaginó su cálida sonrisa de desaprobación. Pero Rachel parecía estar dormida y junto a la cama había un negro muy alto, vestido de color verde menta.

—¿Qué hace usted aquí?

El hombre vestido de verde menta se volvió, sobresaltado.

—¿Me ve? —Señaló con el dedo su corbata marrón chocolate, y Charlie se acordó por un segundo de esas pastillas de menta, muy finas, que te ponen en la almohada en los buenos hoteles.

—Claro que lo veo. ¿Qué hace aquí?

Charlie se acercó a la cama de Rachel para interponerse entre el desconocido y su familia. La pequeña Sophie parecía fascinada con aquel negro tan alto.

—Esto no va bien —dijo Verde Menta.

—Se ha equivocado de habitación —contestó Charlie—. Salga de aquí. —Charlie estiró el brazo hacia atrás y palmeó la mano de Rachel.

—Esto va fatal.

—Señor, mi esposa está intentando dormir y usted se ha equivocado de habitación. Haga el favor de irse antes de que...

—No está dormida —dijo Verde Menta. Su voz era suave y un poco sureña—. Lo siento.

Charlie se volvió para mirar a Rachel. Esperaba verla sonreír, oírla decir que se calmara, pero tenía los ojos cerrados y la cabeza, ladeada, se le había descolgado de la almohada.

—¿Cariño? —Charlie dejó caer el disco que llevaba en la mano y la zarandó suavemente—. ¿Cariño?

La pequeña Sophie empezó a llorar. Charlie tocó la frente de Rachel, la agarró por los hombros y la zarandó.

—Cariño, despierta. Rachel. —Acercó el oído a su corazón y no oyó nada—. ¡Enfermera!

Buscó a tientas por la cama el timbre, que había resbalado de la mano de Rachel y yacía sobre la manta.

—¡Enfermera! —Pulsó el botón y se volvió para mirar al hombre vestido de verde menta—. ¿Qué ha pasado...?

Pero el hombre se había ido.

Charlie corrió al pasillo, pero allí no había nadie.

—¡Enfermera!

Veinte segundos después llegó la enfermera de la serpiente tatuada, seguida, medio minuto más tarde, por un equipo de reanimación con un desfibrilador.

No pudieron hacer nada.

## 2

### Un filo muy fino

La pena reciente tiene un filo muy fino, siega los nervios, desconecta la realidad: hay piedad en una hoja bien afilada. Solo con el tiempo, a medida que va embotándose el filo, empieza el verdadero dolor.

De modo que Charlie apenas fue consciente de sus propios gritos en la habitación de Rachel en el hospital, ni de que lo sedaron, ni de la histeria eléctrica y vaporosa que cubrió con su red todo lo que hizo aquel primer día. Después llegó la memoria del sonámbulo, escenas filmadas desde la cuenca del ojo de un zombi, mientras deambulaba como un espectro entre explicaciones, recriminaciones, preparativos y ceremonias.

—Se llama tromboembolismo cerebral —había dicho el doctor—. Un coágulo de sangre se forma en las piernas o en la pelvis durante el parto y luego se desplaza hasta el cerebro y corta el riego sanguíneo. Es muy raro, pero sucede. No podíamos hacer nada. Aunque hubiéramos podido reanimarla con el desfibrilador, habría sufrido graves daños cerebrales. No sufrió. Seguramente le entró sueño y se desmayó.

—¡El hombre de verde! —susurró Charlie para no ponerse a gritar—. Le hizo algo. Le inyectó algo. Estaba allí y sabía que Rachel se estaba muriendo. Lo vi cuando vine a traerle su disco.

Le mostraron las cintas de seguridad; la enfermera, el doctor, los gerentes del hospital y los abogados, todos vieron las imágenes en blanco y negro en las que aparecía él saliendo de la habitación de Rachel, el pasillo vacío y él volviendo a la habitación. No había ningún hombre vestido de color verde menta. Ni siquiera encontraron el disco.

Falta de sueño, dijeron. Alucinaciones provocadas por el agotamiento. Trauma. Le dieron fármacos para dormir, fármacos para la ansiedad, fármacos para la depresión, y lo mandaron a casa con su hija recién nacida.

Al segundo día, Jane, su hermana mayor, sostenía a Sophie en brazos mientras hablaban de Rachel y la enterraban. Charlie no recordaba haber elegido un ataúd ni hecho los preparativos. Era otra vez el sueño del sonámbulo: sus parientes políticos yendo de acá para allá vestidos de negro, como espectros tambaleantes que repetían entre balbuceos los tópicos inadecuados del pésame: «Cuánto lo sentimos». «Era tan joven...». «Qué tragedia». «Si hay algo que podamos hacer...».

Los padres de Rachel lo abrazaban, las cabezas juntas formando el ápice de un trípode. Habían manchado el suelo de pizarra del vestíbulo del tanatorio con sus lágrimas. Cada vez que Charlie notaba hundirse los hombros de su suegro en un sollozo, sentía que volvía a romperse el corazón. Saul cogió su cara entre las manos y dijo:

—No puedes imaginártelo, porque yo no puedo imaginármelo. —Pero Charlie podía imaginárselo porque era un macho beta, y la imaginación era su cruz y su calvario; y porque había perdido a Rachel y ahora tenía una hija, aquella minúscula desconocida que dormía en brazos de su hermana. Podía imaginarse al hombre de verde menta llevándose a Sophie.

Miró el suelo manchado de lágrimas y dijo:

—Por eso en la mayoría de los tanatorios hay moqueta. Porque alguien podría resbalarse.

—Pobre chico —dijo la madre de Rachel—. Haremos el *shivah*<sup>3</sup> contigo, por supuesto.

Charlie cruzó la sala para acercarse a su hermana Jane, que llevaba un traje de hombre (un traje de gabardina de color gris oscuro, con raya diplomática y chaqueta cruzada) que, unido a su riguroso peinado de estrella de pop de los años ochenta y al bebé envuelto en una manta rosa que sostenía en brazos, la hacía parecer, más que andrógina, confusa. Charlie pensó que, a decir verdad, el traje le quedaba mejor a ella que a él, pero que aun así debería haberle pedido permiso para ponérselo.

—No puedo hacer esto —dijo. Se dejó caer hacia delante hasta que la península de pelo oscuro que formaban sus entradas tocó el

engominado tupé rubio platino a lo Flock of Seagulls<sup>4</sup> de su hermana. Parecía la mejor postura para compartir la pena, ese juntar las frentes, y le recordaba a cuando uno, borracho, se ponía frente al urinario y caía hacia delante hasta golpearse la cabeza contra la pared. Desesperación.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Jane—. A nadie se le da bien esto.

—¿Qué coño es un *shivah*?

—Creo que es ese dios hindú con tantos brazos.

—No puede ser. Los Goldstein van a hacerlo conmigo.

—¿Rachel no te enseñó nada sobre el judaísmo?

—Yo no le hacía caso. Creía que teníamos tiempo de sobra.

Jane se cargó a la pequeña Sophie en un solo brazo, la incorporó a medias y puso su mano libre sobre la nuca de Charlie.

—Todo irá bien, nene.

—Siete —dijo el señor Goldstein—. *Shivah* significa «siete». Antes nos sentábamos durante siete días para llorar a los muertos y rezar. Es lo ortodoxo. Ahora la mayoría de la gente solo se sienta tres.

Hicieron el *shivah* en el apartamento de Rachel y Charlie, que daba a la línea del funicular de la esquina de las calles Mason y Vallejo. El edificio era eduardiano, de ladrillo visto y cuatro plantas (arquitectónicamente no era ni mucho menos la gran cortesana de época victoriana ataviada de alta costura, pero tenía en cambio suficientes perifollos y baratijas de mujerzuela como para hacerle una paja a un marinero en un callejón); había sido construido después de que el terremoto y el incendio de 1906 nivelaran toda la zona de lo que ahora eran North Beach, Russian Hill y el barrio chino. Charlie y Jane habían heredado el edificio, junto con la tienda de oportunidades que ocupaba la planta baja, a la muerte de su padre, cuatro años atrás. A Charlie le había tocado el negocio, el amplio apartamento doble en el que habían crecido y el mantenimiento del viejo edificio, y a Jane la mitad de los alquileres y uno de los apartamentos del piso de arriba, con vistas al Bay Bridge.

A instancias del señor Goldstein, todos los espejos de la casa fueron cubiertos con tela negra y un gran cirio colocado sobre la mesita baja, en medio del cuarto de estar. Se suponía que debían sentarse en

banquetas bajas o cojines, pero como Charlie no tenía en casa ni una cosa ni otra, por primera vez desde la muerte de Rachel bajó a la tienda en busca de algo que pudiera servirles. Las escaleras traseras bajaban desde la despensa de detrás de la cocina al almacén, donde Charlie tenía su oficina entre cajas de mercancías que esperaban su turno para ser clasificadas, etiquetadas y colocadas en la tienda.

El local estaba a oscuras, salvo por la luz de las farolas de la calle Mason, que entraba por el escaparate delantero. Charlie se quedó allí, al pie de las escaleras, con la mano en el interruptor de la luz y la mirada fija. Entre las estanterías de libros y fruslerías, los montones de radios desvencijadas, los percheros de ropa envueltos en sombras, apenas formas abultadas entre las sombras, veía objetos que desprendían una luz roja y mortecina, que casi parecían palpitar como corazones vivos. Una sudadera en un perchero, una rana de porcelana en una vitrina; fuera, junto al escaparate, una vieja bandeja de Coca-Cola y un par de zapatos. Todo refulgía en rojo.

Charlie pulsó el interruptor, los fluorescentes cobraron vida por el techo, parpadeando al principio, y la tienda se iluminó. El fulgor rojizo desapareció.

—*Vaaaale*—se dijo a sí mismo con calma, como si todo fuera bien. Apagó las luces. Las cosas volvieron a brillar en rojo. Sobre el mostrador, cerca de donde estaba, una bandejita de bronce para tarjetas de visita en forma de grulla blanca emitía un resplandor rojo y apagado. Charlie se tomó un segundo para observarla, solo para cerciorarse de que no había ninguna fuente de luz roja en el exterior que, al reflejarse por el local, estuviera poniéndolo nervioso sin motivo. Se adentró en la tienda a oscuras, echó un vistazo más de cerca, miró en ángulo la grulla de bronce. No, decididamente el metal latía con una luz roja. Se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras lo más deprisa que pudo.

Estuvo a punto de arrollar a Jane, que estaba en la cocina, meciendo suavemente a Sophie mientras le hacía carantoñas en voz baja.

—¿Qué pasa?—preguntó su hermana—. Sé que hay unos cojines grandes en la tienda, por alguna parte.

—No puedo —dijo Charlie—. Estoy drogado. —Se apoyó de espaldas en la nevera como si la hubiera tomado como rehén.

—Ya voy yo a por ellos. Ten, coge a la niña.

—No puedo, estoy drogado. Tengo alucinaciones.

Jane siguió acunando al bebé en el hueco de su brazo derecho y con el brazo libre rodeó a su hermano pequeño.

—Charlie, estás tomando ansiolíticos y antidepresivos, no ácido. Mira este apartamento. No hay ni una sola persona aquí que no haya tomado algo. —Charlie miró a través de la puerta de la cocina: mujeres de negro, la mayoría de mediana edad o mayores, meneando la cabeza; hombres de aspecto estoico en pie, alrededor del perímetro del cuarto de estar, cada uno sosteniendo un grueso vaso de licor, con la mirada perdida.

—¿Lo ves? Están todos ciegos.

—¿Y mamá? —Charlie señaló con la cabeza a su madre, que destacaba entre las otras mujeres canosas y enlutadas porque iba adornada con joyería de plata de los indios navajos y estaba tan morena que parecía fundirse en su cóctel de *whisky* cada vez que bebía un trago.

—Mamá sobre todo —dijo Jane—. Voy a buscar algo donde sentarnos para el *shivah*. No sé por qué no podéis usar los sofás. Venga, coge a tu hija.

—No puedo. No soy de fiar.

—¡Cógela, hostias! —le bramó Jane al oído con una especie de ladrido susurrado. Hacía mucho tiempo que había quedado decidido quién era el macho alfa entre ellos dos, y no era Charlie. Le dio a la niña y se fue hacia las escaleras.

—Jane —la llamó Charlie—. Echa un vistazo antes de encender la luz. A ver si ves algo raro, ¿vale?

—Vale. Algo raro.

Lo dejó allí parado, en la cocina, observando a su hija mientras pensaba que Sophie tenía quizá la cabeza un tanto oblonga, pero que, a pesar de eso, se daba un aire a Rachel.

—Tu madre quería mucho a la tía Jane —le dijo—. Solían ponerse de acuerdo para ganarme al Risk... y al Monopoly... y en las discusiones... y también cocinando. —Se deslizó hacia abajo por la puerta de la nevera, se sentó con las piernas estiradas en el suelo y escondió la cara en la manta de Sophie.

A oscuras, Jane se dio un golpe en la espinilla con una caja de madera llena de teléfonos viejos.

—Esto es una estupidez —dijo para sí misma, y dio la luz. Nada raro. Luego, sin embargo, como Charlie podía ser muchas cosas, pero

loco no estaba, volvió a apagarla solo para asegurarse de que no había pasado nada por alto—. Sí, ya. Algo raro.

No había nada extraño en la tienda, como no fuera que ella estaba allí, a oscuras, frotándose la espinilla. Pero entonces, justo antes de que volviera a encender la luz, vio a alguien mirando por el escaparate; alguien que se hacía sombra con las manos alrededor de los ojos para ver más allá del reflejo de las farolas. Un vagabundo o un turista borracho, pensó. Se movió por la tienda a oscuras, entre columnas de cómics apilados en el suelo, hasta quedar detrás de un perchero de chaquetas desde donde veía claramente el escaparate, lleno de cámaras económicas, jarrones, hebillas de cinturón y toda clase de objetos que Charlie había juzgado dignos de interés, pero por los que, obviamente, no merecía la pena romper la vidriera.

El tipo parecía alto y no era un mendigo; iba bien vestido, aunque todo del mismo color. Jane pensó que podía ser amarillo, pero era difícil distinguirlo a la luz de las farolas. Quizá fuera un verde claro.

—Está cerrado —dijo en voz alta, para que se la oyera a través del cristal.

El hombre de fuera paseó la mirada por la tienda, pero no la vio. Se apartó del escaparate y Jane vio que, en efecto, era alto. Muy alto. La luz de la calle alumbró el perfil de su pómulo cuando se volvió. Era, además, muy delgado y muy negro.

Continúa en *Un trabajo muy sucio*